

Jorge Luis Borges: Una historia de amor

Laura Esponda

Especial para Fundación El Libro. Junio 2020

Los que me conocen saben que uno de los amores de mi vida es Jorge Luis Borges. Aunque nunca tuve oportunidad de decírselo, todos mis amigos saben que Borges me eligió como su lectora privilegiada, en una de las bifurcaciones del sendero catorceno del laberinto temporal en el que todavía no pudimos encontrarnos en persona. No pierdo las esperanzas. En el múltiple laberinto de espejos, nos veremos las caras a pesar de su ceguera precoz, porque los dos sabemos que el futuro es tan irrevocable como el pasado y que, en un momento no muy lejano, lo sentaré a mi lado en el living de mi casa, le enseñaré a navegar por Internet y le diré: “Esto también lo tenías previsto, viejo”.

Por eso, esta es una historia de amor infinita en la que una y otra vez, en ese tiempo circular que no es real (ni quiere serlo), nos encontramos el viejo y yo para charlar de cuestiones que tienen que ver con la vida.

La primera vez que nos conocimos, yo tendría alrededor de doce años. Me lo presentó otro de los amores de mi vida (es mentira eso de que sólo tenemos un gran amor). Ese otro amor fue el señor Luis, mi maestro de séptimo grado que, a pesar de que enseñaba matemática, siempre empezaba sus clases con la lectura de un poema o un cuento; y las terminaba con una pregunta metafísica del estilo “¿El conjunto de los conjuntos está dentro o fuera de ese conjunto?” Con el señor Luis, comencé a intuir que las matemáticas, la literatura y la metafísica eran la misma cosa.

Borges se encargaría más tarde de confirmarlo. Con él aprendí que una recta es tan interminable como un segmento que infinitamente se repliega sobre sí mismo, que una historia de mil y una historias puede reiniciarse en la mitad y no terminar nunca, que existen laberintos cuadráticos a los que le sobran tres líneas... Y más, mucho más, hasta me enseñó del amor, cuando sentí que un hombre me dolía en todo el cuerpo...

El cuento que leyó aquel día el señor Luis fue “Los dos reyes y los dos laberintos”. Obviamente, no supe en ese momento de qué se trataba porque no entendí nada de la trama. Pero tengo el recuerdo de su música: algo sonaba en esas frases: un sonido hecho de palabras trabajadas como joyas, esculpidas como estatuas griegas, pinceladas azules en mis oídos asombrados. Lo nuestro no fue un amor a primera vista. Borges era ciego, claro. Pero supo seducirme con su voz, mucho antes de que lo hiciera con su inteligencia.

Cuando cumplí los dieciséis años y terminé la secundaria, me arrojaron al jardín de senderos que se bifurcan y me dijeron: “Elegí uno y caminá”. Entonces, no tuve más remedio que decidir, entre las infinitas opciones, una carrera y con ella, toda una forma de vida. ¿Me daba cuenta de que, con esa opción, estaba dejando de lado todas las demás? Infinidad de formas de vida ya no me pertenecerían: no sería científica ni filósofa; no sería actriz ni historiadora; no sería las otras que también hubiera querido ser. Cuando fui consciente de la imposibilidad de vivir todas las vidas, experimenté por primera vez el sentimiento trágico de la pérdida irremediable de las otras que morían, cada vez que estaba obligada a elegir.

Y una vez más, allí estaba él, como los grandes amores, susurrando en mi oído que a la realidad le gustan las simetrías y los leves anacronismos; que si Cristo puede ser Judas y la historia copia a la

literatura..., si el traidor es el héroe y el investigador, la víctima, todo puede ocurrir con, desde, entre las palabras.

Y entonces, opté por la única carrera capaz de abarcar a todas las demás; la única que me permitiría vivir tantas otras vidas como libros fuera capaz de leer. Así, fui reina y fui mendiga; fui monja y prostituta; fui guerrera, sirena, cenicienta y bruja malvada; fui maga y fui esclava... Y en todos los casos, fui pasión por las ficciones de las que me enamoraba tan perdidamente, como enamorada perdidamente sigo estando de Borges y de aquel señor Luis, que son uno y el mismo gran amor.

Por todo esto es que los que me conocen saben que uno de los amores de mi vida es Jorge Luis Borges. Aunque nunca tuve oportunidad de decírselo, todos mis amigos saben que Borges me eligió como su lectora privilegiada, en una de las bifurcaciones del sendero catorceno del laberinto temporal en el que todavía no pudimos encontrarnos en persona. No pierdo las esperanzas. En el múltiple laberinto de espejos, nos veremos las caras a pesar de su ceguera precoz, porque los dos sabemos que el futuro es tan irrevocable como el pasado y que, en un momento no muy lejano, lo sentaré a mi lado en el living de mi casa, le enseñaré a navegar por Internet y le diré: “Esto también lo tenías previsto, viejo”.

Laura Esponda (Argentina). Profesora y licenciada en Letras (UBA).